

mantenia la pureza de la disciplina: él protegía á los débiles, y socorria á los pobres, á quienes hacia tan abundantes limosnas, que muchas veces le faltaba á él mismo lo necesario: aunque siempre se veía cercado de negocios, jamás se dispensó de instruir á su pueblo, lo que hacia, ó de viva voz, ó por escrito: compuso un gran número de obras, donde explica los principios y las máximas de la moral cristiana, con tanta solidez como claridad. Unos trabajos de tanto peso, y una aplicacion tan continua, arruinaron enteramente su salud, y en breve le condujeron á aquella felicidad, objeto único de sus deseos. San Agustín, su amado discípulo, no le sobrevivió mas que tres años, y fué á recibir la misma recompensa.

(AÑO 612 DE JESUCRISTO.)

MAHOMA SE DA A SI MISMO EL NOMBRE DE PROFETA.

LA conversion de los pueblos del Norte al cristianismo, indemnizaba á la Iglesia de las pérdidas que iba á sufrir en el Oriente. Tendremos frecuentemente ocasion de admirar esta economía de la sabiduría y justicia de Dios, que hace pasar de un pueblo á otro la luz de la fé; de manera que la Iglesia ha ganado en un país, lo que ha perdido en otros, permaneciendo católica. Mahoma, que le quitó las mas bellas provincias del Oriente, nació en la Meca, en Arabia. Su padre era pagano y su madre judía. Perdió á ambos siendo aun muy jóven, y fué

educado por un tio suyo, que lo puso en el comercio. Se casó despues con una viuda rica, de quien era factor. A la edad de cerca de 40 años, comenzó á fingirse profeta; y diciendo que estaba inspirado de Dios, sin dar de esto prueba alguna, inventó una nueva religion, que era una mezcla del judaismo y cristianismo, á la que añadió algunos dogmas que eran particulares á los habitantes de la Arabia. Enseñaba que no hay mas que un solo Dios; pero sin distincion de personas en la divinidad: desechara la Encarnacion y los otros misterios de la religion cristiana: admitia la circuncision, y prescribia la abstinencia del vino, de la sangre y de la carne de cerdo; pero permitió á cada hombre tener cuantas mugeres quisiese, y él mismo tuvo hasta diez á la vez. Eshortaba al pueblo para que tomase las armas en defensa de la religion, prometiendo á los que muriesen en el combate, un paraíso en donde gozarian todos los placeres de los sentidos. Cuando se le pedia algun milagro, para prueba de su mision, decia que no era enviado para hacer milagros, sino para propagar la religion con la espada. Como no sabia ni leer ni escribir, hizo que otro estendiese por escrito sus impíos dogmas, y dió á este libro el nombre de *Alcorán*. Padezia algunas veces ataques de epilepsia, y los hizo pasar por éctasis ocasionados por las visitas del Angel Gabriel, que le venia á revelar estos dogmas. Siguiéron á este impostor algunos bandoleros y esclavos fugitivos que le acompañaban, con tanta mas adhesion, quanto que él les concedia la libertad de satisfacer sus sensuales deseos. Despues de haber formado un pequeño cuerpo de tropa, se puso á su frente como su

gefe y legislador. Atacó al principio unas carabanas de comerciantes que atravesaban la Arabia. Tuvo feliz écsito, y por este medio enriqueció á sus sectarios, y adelantó sus proyectos. Cuando su pequeña tropa se habia ya considerablemente aumentado, marchó contra la ciudad de la Meca, y se apoderó de ella. Sometió en seguida las diferentes tribus de árabes, una despues de otra, forzando los pueblos para que se sujetasen á su dominacion, y abrazaran su religion. Fueron tan rápidos sus progresos, que el año 631, en que murió, era ya dueño de casi toda la Arabia. Sus sucesores continuaron sus conquistas, y formaron en poco tiempo un dilatado imperio; pero ya se ha visto por qué medios se estendió esta secta. A la violencia y al amor del placer, fué á quien ella debió su écsito. Mahoma ha establecido su religion, abriendo la puerta á las pasiones y degollando á los que rehusaban abrazarla. Por el contrario los Apóstoles, han establecido la religion cristiana, refrenando todas las pasiones, y sacrificando su vida. Nada hay, pues, que no sea enteramente humano por una parte; y por la otra, todo es manifiestamente divino.

(AÑO 614 DE JESUCRISTO.)

TOMA DE JERUSALEN POR COSROAS, REY DE LOS PERSAS.

Los persas, bajo el mando de Cosroas, su rey, atacaron el imperio de Oriente con la mas terrible violencia. Habiendo pasado el Eufrates, se apodera-

ron de la ciudad de Apamia, y llevaron la desolacion hasta las puertas de Antioquia. Destrozaron un ejército romano que encontraron en su travesia: penetraron en la Palestina, y pasaron el Jordan. Las riberas de este rio quedaron en toda su estension reducidas á escómbros: los habitantes de las campiñas no tuvieron mas recurso que la fuga; pero los solitarios que no pudieron resolverse á salir de sus celdas, sufrieron al principio horribles torturas de parte de los soldados persas, y al fin fueron cruelmente asesinados. El ejército marchó en seguida á Jerusalem, á donde entró sin resistencia alguna. La guarnicion habia abandonado la ciudad, y un terror general se habia difundido en el corazon de todos los ciudadanos. Los persas todo lo destruyeron á fuego y sangre: un gran número de sacerdotes, de monges y religiosos, perecieron allí, y principalmente aquellos á quienes queria este pueblo idólatra, enemigo del cristianismo. El resto de los habitantes, hombres, mugeres y niños, fueron cargados de cadenas, para ser arrastrados mas allá del rio Tigre. Esceptuaron solamente á los judíos por el odio que estos tenian á los cristianos, y que manifestaron en esta ocasion, escediendo en su rábia aun á los mismos paganos: compraban á los persas cuantos cautivos cristianos podian, para tener el bárbaro placer de hacerlos morir á su gusto. Fueron hasta ochenta mil los que los judíos asesinaron por este medio. Llevaron prisionero al obispo Zacarías: incendiaron el santo sepulcro y las Iglesias de Jerusalem, despues de haberlas demolido: robaron los vasos sagrados y todas las riquezas que la piedad de los fieles habia acumulado en estos san-

tos lugares; pero la pérdida mas sensible a los cristianos fué la de la verdadera cruz, que cada uno de ellos habria querido rescatar á costa de su propia vida. Los persas la trasportaron en el mismo estado en que la encontraron, es decir, encerrada en una caja, en donde se habia puesto el sello del obispo; se libertó, sin embargo, la esponja que presentaron á Jesucristo sobre la cruz, y la lanza con que su costado habia sido atravesado. Un oficial del emperador sacó estas dos santas reliquias de las manos de un persa, mediante una gran suma de dinero, y las hizo llevar á Constantinopla, en donde fueron espuestas durante cuatro dias, á la veneracion de los fieles, que las regaban con sus lágrimas. La santa cruz fué depositada en Táuris, en Armenia. Se ven aún las ruinas de un castillo en donde colocaron este precioso depósito, que parecia á los ojos de los persas, menos rico que los otros despojos de que estaban cargados. Cuando se retiraron los enemigos, los habitantes de Jerusalem, que por medio de la fuga habian podido sustraerse de los persas y del furor de los judíos, volvieron á la ciudad santa. El sacerdote Modesto, en la ausencia del obispo Zacarías, tomó el gobierno de esta desolada Iglesia, y trabajó con ardor para restablecer los santos lugares. En esta piadosa empresa recibió grandes socorros de Juan, llamado por otro nombre el *Limosnero*, patriarca de Alejandria. En esta capital del Egipto era en donde se habian refugiado en gran número los habitantes de la Palestina. El santo prelado los recibió con una ternura paternal: los alojó en los hospitales, á donde él mismo iba á curar sus llagas, enjugar sus lágrimas, y á distribuir-

les la subsistencia. Para todo bastaba su inagotable caridad. Hizo trasportar á Jerusalem, plata, trigo y vestidos; y dulcificó en cuanto pudo, la suerte de estos desgraciados.

(AÑO 628 DE JESUCRISTO.)

LA SANTA CRUZ RESTITUIDA Y LLEVADA A JERUSALEN.




EL emperador Eraclio envió una embajada á Cosroas, pidiéndole la paz; mas este príncipe idólatra ecsigia por condicion el acto impio de abjurar el cristianismo, y adorar al sol, que era la divinidad principal de los persas. Eraclio rechazó con horror esta proposicion, y resolvió pelear hasta morir por la religion y el imperio. Levantó un ejército, y marchó él mismo á su frente contra el enemigo. Dios se dignó socorrer á su pueblo; y desde la primera campaña, el emperador obtuvo una ventaja considerable sobre los persas. Este primer écsito reanimó el valor de sus tropas, que no cesaron de batir á los enemigos, durante cuatro años continuados. Eraclio, en fin, resolvió darles una batalla decisiva. Habiendo reunido sus soldados, los animó al combate, haciéndoles ver todos los males que los persas habian hecho al imperio; las campañas desoladas, las ciudades saqueadas, los altares profanados, las Iglesias reducidas á cenizas. Ved, les decia, á que enemigos vais á combatir: ellos declaran la guerra al mismo Dios: han entregado á las llamas sus templos y altares: armaos de confianza;

Dios combatirá por vosotros: la fé es superior á todos los temores: ella triunfa aun de la misma muerte. Estas palabras hicieron una viva impresion en todos los corazones: los ojos centellantes de sus soldados, manifestaban el valor. Atacaron intrépidamente á los persas: el emperador se espuso en aquella parte del ejército en que era mas vigoroso el combate: su caballo cayó herido, y él mismo recibió muchos golpes en su armadura, que por ser bastante resistente, le salvó la vida. El combate comenzó desde la mañana, y acabó con el dia. Los persas perdieron en él tres de sus principales gefes, y mas de la mitad de sus soldados: de parte de los romanos solo murieron cincuenta hombres. Cosroas huyó; y despues de ocho leguas de camino, pasó la noche en una pobre cabaña, á la que no se podia entrar sino arrastrando. Puesto en tan grande conflicto, y atacado de una violenta disenteria, nombró por sucesor suyo á uno de sus hijos, á quien amaba con preferencia, con perjuicio de su hijo primogénito. Éste se reveló contra su padre: le hizo arrestar y morir de hambre en una prision, y se apoderó del reino. El nuevo rey de los persas propuso una composicion con Eraclio, y le remitió todos los cristianos que estaban cautivos en la Persia, entre otros al patriarca Zacarias, con la santa cruz que habia sido quitada catorce años antes. Durante todo este tiempo, ella habia permanecido en su caja, y los persas no habian tenido la curiosidad de abrirla, rompiendo el sello que el patriarca reconoció, y la santa cruz volvió á verse en sus manos, en el mismo estado en que se hallaba cuando fué robada. Se admiró la proteccion de Dios en la conservacion de

esta preciosa reliquia. El emperador volvió á entrar á Constantinopla con todo el aparato del triunfo. Montado sobre un carro llevado por cuatro elefantes, hacia llevar delante de él la santa cruz, que era el mas precioso trofeo de sus victorias. En los primeros dias de la primavera, Eraclio partió para Jerusalem á dar gracias á Dios por tan felices sucesos, y para volver á colocar la santa cruz en la Iglesia de la Resurreccion. Él quiso marchar, siguiendo la huella del Salvador, y llevar él mismo la cruz sobre sus espaldas, hasta lo alto del Calvario. Esta fué una fiesta solemne para todos los cristianos, y la Iglesia celebra aún su memoria, el 14 de Septiembre.

(AÑO 630 DE JESUCRISTO.)

HEREGIA DE LOS MONOTELITAS.

L gozo que tenia la Iglesia de haber recobrado la santa cruz, se turbó por una violenta tempestad que se levantó en Oriente: allí tuvo su origen una nueva heregía, ó mas bien, apareció de nuevo la de Eutiques, disfrazada de algun modo, bajo otro nombre. Algunos partidarios ocultos de este heresiarca, enseñaron que no habia en Jesucristo mas que una sola voluntad y una sola operacion; y esto es lo que en griego significa el nombre del monotelismo con que se distingue esta secta. La Iglesia católica, que por el contrario, ha reconocido en Jesu-

cristo dos naturalezas, reconoce igualmente dos voluntades, la divina y la humana, que sin ser jamás opuestas, no dejan, sin embargo, de ser distintas. El error de los monotélitas fué obstinadamente sostenido por Sergio, patriarca de Constantinopla, quien se valió de todos los medios que le sugeria su malicia para acreditarlo. Él lo insinuó astutamente en el espíritu del emperador Eraclio, quien lo sostuvo en un famoso edicto, bajo el título de Exposición. San Sofronio, patriarca de Jerusalem, combatió con el mas fervoroso celo esta heregía naciente, y publicó un escrito, en que despues de haber probado la distincion de las naturalezas de Jesucristo, espone con claridad la doctrina constantemente recibida por la Iglesia acerca de las dos voluntades y las dos operaciones. Temerario Sergio que previniesen al papa Honorio contra su nueva doctrina, tomó el partido de escribirle primero, para atraerle á su sentir. Su carta era lisongera y persuasiva: decia, que la cuestion que acababa de suscitarse sobre este asunto, ponía un grande obstáculo á la conversion de los hereges: únicamente pedia que no se hablase sobre las dos voluntades de Jesucristo, porque este era el único medio de reunir los espíritus. Cayó Honorio en el lazo, y trató á Sergio con el mas peligroso miramiento. Convino en un silencio que igualmente ocultaba la verdad y el error; y por esta indigna complacencia, sin haber permitido jamás que se enseñase el error, dió motivo para que se sospechase que le favorecia. Sin embargo, San Sofronio, por su infatigable desvelo, descubrió, por último, los artificios de los hereges, é hizo al papa un informe esacto de los progresos que hacia la nue-

va secta. Honorio habia muerto: su sucesor condenó el error, á pesar del edicto del emperador, que le favorecia. El papa San Martin confirmó despues el juicio de su antecesor, y sacrificó la libertad y la vida al celo que mostró para mantener la pureza de la fé. El emperador Constante, sucesor de Eraclio, habiendo publicado otro edicto en favor del *monotelismo*, hizo echar de Roma al santo papa. Le condujeron cargado de cadenas á Constantinopla, donde toleró innumerables veces los mas indignos tratamientos: despues lo desterró, y al cabo de dos años murió en el cautiverio, en medio de los trabajos, sin que saliese de sus lábios queja alguna, ni aflojase jamas en el cumplimiento de los deberes de su pastoral ministerio. Un santo abad de Constantinopla, llamado Máximo, imitó el celo de este santo papa, y sufrió, por parte de los hereges, los mismos tratamientos: le azotaron cruelmente con nervios de toro: le cortaron la lengua hasta la raiz, y consumó, por último, su martirio, en un destierro.

(AÑO 680 DE JESUCRISTO.)

SESTO CONCILIO ECUMENICO.

EL emperador Constantino, llamado por otro nombre Pogonato, enjugó las lágrimas de la Iglesia, y reparó los males que le habian causado sus predecesores. Creyó este príncipe no poder hacer mejor uso de su poder, que convocando un concilio gene-

ral: á este fin escribió al papa Agaton, quien hizo saber las piadosas intenciones del emperador á los obispos de Occidente, y nombró tres legados para que en su nombre presidiesen el concilio. No habia penetrado aun al Occidente el nuevo error, y todos los obispos, sin escepcion, protestaron reconocer en Jesucristo dos voluntades, del mismo modo que reconocian dos naturalezas. El emperador recibió con el debido honor á los legados de la santa sede, y en una sala de su palacio se hizo la apertura del concilio. El libro de los Evangelios se colocó, segun costumbre, en medio de la asamblea: asistió á ella el emperador, con trece de sus principales oficiales. Los legados del pontifice tomaron primero que los demas, la palabra, y propusieron el objeto del concilio. "Hace mas de cuarenta años, dijeron, que Sergio y otros hereges han enseñado que no hay en Ntro. Sr. Jesucristo mas que una sola voluntad y una sola operacion: la santa sede ha condenado este error, y los ha eeshortado á que lo detesten; mas estas eeshortaciones han sido inútiles: este es el motivo porque pedimos que se aclare esta doctrina." Se ecsaminaron con cuidado los cánones de los concilios precedentes, y los pasages de los santos padres: se encontró que la nueva doctrina era contraria al Evangelio y á la tradicion. Los monotélitas quedaron convencidos de haber truncado los testos de los santos padres que citaban, para apoyar sus errores: ecsaminaron igualmente el escrito de San Sofronio, en que los combatió, y esto se juzgó enteramente conforme á la verdadera fé, á la doctrina de los Apóstoles y de los santos padres. Despues de este ecsámen, se estendió la confesion

de la fé: se declaró en ella que se conformaba con los concilios precedentes: despues se pronunció el juicio en estos términos: "Nosotros creemos que hay en Jesucristo dos voluntades y dos operaciones naturales, y prohibimos enseñar lo contrario: detestamos y condenamos los dogmas impíos de los hereges, que no admiten en Jesucristo sino una voluntad y una operacion, considerando estos dogmas contrarios á la doctrina de los Apóstoles, á los decretos de los concilios y al sentir de todos los santos padres." El santo concilio fulminó en seguida un *anatema* contra los autores de la secta, sin perdonar al mismo Honorio, que habia contemporizado con ella. El emperador, que se hallaba presente, recibió, al concluirse el concilio, los mismos honores que se habian tributado en otro tiempo al gran Constantino, á Teodosio y Marciano. Las actas fueron suscritas por los legados por todos los obispos, que eran ciento sesenta, y por el emperador mismo que mandó se obedeciese, y lo apoyó con toda su autoridad. En efecto, el error cayó bien pronto, y cesaron las turbulencias.

Adicion.—En 25 de Octubre del año 765, juntó el papa Zacarías siete obispos con diez y siete sacerdotes y el resto del clero romano, en la Basilica de Teodoro, en el palacio de Letrán, en donde el sacerdote Dencardo, habiendo entrado por orden del pontifice á la sesion, refirió la condenacion de los hereges fanáticos Adalberto y Clemente, pronunciada por el obispo Bonifacio, en un concilio celebrado en Francia. En otras dos sesiones, á presencia del pontifice, se leyó la vida de Adalberto, y la ridícula carta en que pretendia persuadir haber bajado del cielo. La historia de su vida le suponía otro Juan Bautista, santificado en el vientre de su madre, bajo la figura de un ternero que salía de su lado derecho, emblema tan distante de la dignidad evangélica, como análogo á la bajeza del fanatismo. Concluida la lectura de los escritos de Adalberto, dijo

el papa: "Seguramente, hijos míos, este Adalberto es un delirante; y los que han dado crédito á sus palabras, son como los niños que creen las fábulas como una verdad; pero nuestro ministerio es igualmente responsable á los débiles y á los fuertes; y supuesto que esta seducción grosera ha sido capaz de alucinar á ciertas personas no menos groseras, nada debemos omitir de cuanto sea capaz de desengañarlas." Se concluyó la sesion, quemando los escritos, y conde- nando á sus autores.

Sanson, en el año 748, produjo é hizo abrazar á muchos el error de que sin el bautismo podia uno ser cristiano, y conseguir la salud eterna por sola la imposicion de las manos del obispo.

(AÑO 923 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE ALEMANIA.

LA luz de la fé, del mismo modo que la del sol, no se aparta de un pais, sino para difundir en otro su claridad, como ya antes hemos insinuado. A medida que la luz del Evangelio dejó de brillar en el Oriente, por las conquistas de los mahometanos, se extendia entonces ácia el Norte, mediante los apostólicos trabajos de muchos misioneros. El mas célebre de todos era Bonifacio, arzobispo de Moguncia y apóstol de Alemania: era ingles de nacion y desde su infancia se descubrieron en él las señales sensibles del alto destino que desempeñó en el discurso de su vida. Habiéndose hospedado algunos misioneros en la casa de su padre, hablándole de Dios y de las cosas celestiales, quedó tan conmovido, así de su conducta edificante, como de sus instrucciones, que desde luego concibió un ardiente deseo de imitarlos, y de consagrarse á Dios como

ellos. Aunque entonces todavia era niño, las impresiones de la virtud que recibió, jamás se borraron de su espíritu. Entró á un monasterio, en donde se formó desde el principio para las funciones del apostolado. Habiéndose ordenado de presbítero, á la edad de 30 años, sintió que en su corazon se aumentaba aquel celo, que le llamaba poderosamente á instruir á los pueblos, y á trabajar en la salud de las almas. Día y noche lloraba la desgracia de los que estaban entonces sumergidos en las tinieblas de la idolatría. Penetrado de tan piadosos sentimientos, fué á arrojarle á los pies del papa Gregorio II, el que despues de haber reconocido en él la vocacion divina, le concedió una amplia facultad de predicar el Evangelio á los alemanes. El santo apóstol tuvo mucho trabajo para hacer que naciesen en el corazon de aquellos pueblos, hasta entonces bárbaros, los sentimientos de dulzura y piedad que el Evangelio prescribe; pero vió, en fin, que los frutos correspondian á sus trabajos, siendo muy abundante la cosecha. Fué desde luego á la Baviera y Turingia, y allí bautizó un gran número de infieles: hizo que por todas partes se derrivasen los templos de los ídolos, y allí mismo se edificasen Iglesias al verdadero Dios. El santo apóstol tuvo, entre tanto, mucho que sufrir, principalmente en la Turingia, pais asolado poco despues por los sajones, y en donde los pueblos eran tan pobres que se vió obligado á procurar su subsistencia con el trabajo de sus manos. Desde allí se volvió á la Trisia, en donde ejercitó, por espacio de tres años, sus funciones apostólicas, y ganó innumerables almas para Jesucristo. Este fué el motivo porque el